

*Las
e Arazanas de Sevilla*

PABLO EMILIO PÉREZ-MALLAÍNA BUENO

Las
e Atarazanas de Sevilla
Ocho siglos de historia del
arsenal del Guadalquivir



ICAS
Instituto de la Cultura
y las Artes de Sevilla

NO8DO
AYUNTAMIENTO
DE SEVILLA



Editorial Universidad de Sevilla

SEVILLA, 2019

Catalogación Editorial Universidad de Sevilla
Colección Historia y Geografía
Número: 350

Catalogación Ayuntamiento de Sevilla
Colección Temas Libres
Número: 73

COMITÉ EDITORIAL:

José Beltrán Fortes
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Araceli López Serena
(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
Ana Ilundáin Larrañeta
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque Sánchez
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

CONSEJO ASESOR DE PUBLICACIONES DEL ICAS

Presidencia:
Antonio Muñoz Martínez
(Vicepresidente del ICAS)
Isabel Ojeda Cruz
(Directora General de Cultura)

Manuel Abad Gómez
Fernando Amores Carredano
Manuel Barrero Martínez
Antonio Collantes de Terán Sánchez
Eva Díaz Pérez
Carlos Alberto González Sánchez
Alberto Marina López
Alfredo J. Morales Martínez
José Daniel Moreno Serrallé
Juana Muñoz Choclán
Víctor Pérez Escolano
Rogelio Reyes Cano
Enriqueta Vila Vilar
Marcos Fernández Gómez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistemas de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla y del Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla.

Motivo de cubierta: Composición entre el interior de las Atarazanas en 2018, fotografía de Domenico DeBenedictis, y la vista de Sevilla en el siglo XVII, óleo anónimo, Fundación FOCUS.

© Editorial Universidad de Sevilla 2019
C/. Porvenir, 27-41013 Sevilla
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 452; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <<https://www.editorial.us.es>>

© Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla. Ayuntamiento de Sevilla 2019
C/ Almirante Apodaca, 6A-41003. Sevilla
Tlf.: 955 471 717
Correo electrónico: arhems@sevilla.org
Web: <<http://www.icas-sevilla.org>>

© Pablo Emilio Pérez-Mallaína Bueno 2019

ISBN (Editorial Universidad de Sevilla): 978-84-472-1977-3
ISBN (ICAS. Ayuntamiento de Sevilla): 978-84-9102-078-3
Depósito Legal: SE 706-2019

Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain

Maquetación, diseño de cubierta e interior: Fernando Fernández. edLibros
Imprime: Pinelo.artes gráficas. 954 392 546

A Sevilla, mi ciudad.

A la Universidad de Sevilla, mi universidad.

Índice

Introducción	13
--------------------	----

PARTE PRIMERA

Cobijo y fábrica de las galeras del Rey (1252-1493)

Capítulo 1.	Los orígenes de las Atarazanas de Sevilla.....	25
	1.1. La lápida fundacional	25
	1.2. ¿Atarazanas musulmanas o Atarazanas cristianas?	29
	1.3. El complejo del arsenal de Sevilla: las Atarazanas de las Galeras, la de los Caballeros y la Resolana del Río.....	34
	1.4. Uno de los mayores y más antiguos arsenales de la Europa Medieval	56
	1.5. Estrategias, espacio geográfico y medios económicos y humanos en la creación del arsenal sevillano	66
	1.6. A modo de corolario.....	86
	Notas al capítulo 1.....	90
Capítulo 2.	Las galeras de las Atarazanas de Sevilla y la «Batalla del Estrecho», 1252-1350....	99
	2.1. La disipación de un espejismo, 1248-1284.....	101
	2.2. Castilla pone un pie en el Estrecho: la conquista y defensa de Tarifa, 1285-1295	118
	2.3. Derrotas y victorias: la larga lucha por Algeciras y Gibraltar, 1295-1350.....	133
	Notas al capítulo 2.....	162
Capítulo 3.	Las galeras de las Atarazanas de Sevilla en los conflictos europeos, 1350-1430.....	169
	3.1. La galera, el arma favorita del rey don Pedro, 1350-1369.....	169
	3.2. El Canal de la Mancha y Lisboa. Las Atarazanas de Sevilla y la Guerra de los Cien Años, 1369-1406	188
	3.3. Las últimas grandes armadas, 1406-1430	224
	3.4. Epílogo: El lento ocaso de las galeras sevillanas	234
	Notas al capítulo 3.....	238

Capítulo 4.	Los responsables del arsenal del Guadalquivir	247
	4.1. Cargos para prestar las armadas: alcaides, almirantes y armadores.....	247
	4.2. Relación de los alcaides de las Atarazanas de Sevilla, siglos XIII al XVIII	264
	4.3. La dirección de las Atarazanas bajo la dinastía de Borgoña.....	267
	4.4. Los primeros alcaides tras la consolidación de la dinastía Trastámara, 1369-1430	277
	4.5. La dirección de un astillero en decadencia, 1430-1493	303
	Notas al capítulo 4.....	341
Capítulo 5.	Los constructores de las galeras.....	359
	5.1. Tipología laboral de las Atarazanas: francos, esclavos y trabajadores a destajo...	359
	5.2. Los obreros privilegiados	366
	5.3. Número y riqueza de los francos	376
	5.4. Tres nóminas de las Atarazanas: 1422, 1430, 1440	396
	5.5. El Concejo de Sevilla contra los obreros del arsenal	425
	Notas al capítulo 5.....	433
Capítulo 6.	Los diversos usos de las Atarazanas medievales	443
	6.1. Arsenal y astillero para las armadas del rey.....	443
	6.2. El precio de las galeras y el abrumador coste de mantenerlas.....	468
	6.3. Una compleja y difícil financiación	477
	6.4. Mucho más que un centro industrial: espacio de almacenaje, prisión de nobles y lugar de festejos	488
	6.5. Un símbolo del poder del rey en Sevilla	504
	Notas al capítulo 6.....	510
Capítulo 7.	Parten las galeras.....	523
	7.1. Unas tripulaciones muy numerosas	523
	7.2. Recluta de galeotes y conflicto urbano	531
	7.3. El almirante Sánchez Tovar parte a la batalla	545
	7.4. Vida y muerte en las galeras del rey	550
	7.5. A modo de conclusión: la mayor dificultad, encontrar dotaciones expertas ...	571
	Notas al capítulo 7.....	573

PARTE SEGUNDA

Las siete vidas de un antiguo edificio (1493-2000)

Capítulo 8.	Cambiar para continuar.....	583
	8.1. Una decisión regia: las Atarazanas dejarán de ser astillero	583
	8.2. Galeras y carabelas frente a los nuevos espacios oceánicos	591
	8.3. Donde se guardaban barcos..., se venden sardinas	597
	Notas al capítulo 8.....	601
Capítulo 9.	La Aduana de las Indias.....	605
	9.1. Las últimas galeras y el comienzo del gran almacén de Indias, 1493-1559.....	605
	9.2. Los almacenes de la Casa de la Contratación en el siglo XVI	619
	9.3. Un espacio multiusos a lo largo del siglo XVI: mercado de pescado, bodega de comerciantes y patio de vecinos.....	633
	9.4. Casa de Moneda y Aduana del Nuevo Mundo, 1584-1589.....	651
	Notas al capítulo 9.....	659
Capítulo 10.	Epidemias y Caridad	665
	10.1. El palacio se impone al astillero. La Casa de Olivares y la alcaidía perpetua del Alcázar y las Atarazanas	665
	10.2. La crisis del siglo XVII golpea las Atarazanas	679
	10.3. El almacén se transforma en hospital. La Santa Caridad, 1663-1682.....	692
	Notas al capítulo 10.....	714
Capítulo 11.	Tabaco, cañones y mercurio.....	719
	11.1. La Maestranza de Artillería y las Atarazanas del Azogue en los siglos XVIII y XIX.....	719
	11.2. Epílogo. Las Atarazanas en los siglos XX y XXI: del abandono a la esperanza	742
	Notas al capítulo 11	750
	Abreviaturas de Archivos, Bibliotecas y Museos	753
	Bibliografía.....	755



Introducción

Estudiar las Atarazanas del rey en la ciudad de Sevilla ha sido, en primer lugar, una cuestión de emoción y de vocación.

Al entrar por primera vez en el edificio, una vez que hubiera sido abandonado por el ejército y realizadas las intervenciones arqueológicas iniciales que le devolvieron alguna parte de su primitivo aspecto, la sucesión de sus arcos y pilares, los ladrillos descarnados, los contraluces que producían en aquellas siete naves el sol que entraba por la parte superior de las techumbre, convertían aquel espacio en un lugar que me pareció mágico. Fue una verdadera impresión encontrarme de pronto, en una ciudad en la que había vivido más de medio siglo, con aquel verdadero superviviente de la historia. Si solo una parte pequeña de aquel conjunto era capaz de crear semejante impacto, ¡cual no habría sido capaz de provocar en el siglo XIII, cuando, en vez de siete naves, las Atarazanas de las Galeras hubieran tenido las 17 primitivas, y el piso, en lugar de estar elevado artificialmente hasta casi el arranque de los arcos, se encontrase cinco metros más abajo, creando un interior que alcanzaba más de 12 metros de altura! Como historiador, visitar un viejo caserón siempre ha despertado mi imaginación y el deseo de saber algo sobre quienes vivieron, trabajaron o murieron en él. Si esa curiosidad la puede espolear cualquier modesto inmueble de hace trescientos o cuatrocientos años, cuánto más puede avivarla los restos de una gran construcción con ocho siglos de historia, que corren a lo largo de nueve centurias, desde mediados del siglo XIII hasta las primeras décadas del XXI. ¡Cuántas historias nos podría relatar! ¡La atracción era inevitable!

Además, aquella edificación extraordinaria había sido levantada para servir de arsenal y astillero para las galeras del rey de Castilla, y desde el principio mi vocación de historiador se ha dirigido frecuentemente a estudiar el mar, sus embarcaciones y sus gentes. Así pues, investigar sobre las Atarazanas de Sevilla parecía más que ninguna otra cosa una verdadera predestinación. Más tarde, al participar, con poco éxito, he de reconocerlo, en algunos movimientos ciudadanos para darle un uso digno a aquel ámbito del pasado, me di cuenta que no estaba hecho para la política, ni siquiera la de nivel municipal, y que mi mejor contribución a la preservación del antiguo arsenal debía ser realizar una investigación en profundidad, para comprender mejor su valor y la necesidad de darle un destino acorde con esos méritos.

La importancia de las Atarazanas fue el tercer elemento que me llevó a su estudio. Entre mediados del siglo XIII y mediados del XV, las galeras que se guardaban bajo sus techumbres fueron claves para controlar dos espacios de vital importancia estratégica: el Estrecho de Gibraltar y el Canal de la Mancha. Aquellos ágiles buques de guerra fueron decisivos en la contienda donde se dirimía si el reino castellano-leonés y el conjunto de la Península Ibérica, serían parte de la cristiandad occidental o caerían, tal vez definitivamente, en la órbita del mundo musulmán. La presencia de las galeras castellanas en el

Estrecho proporcionó mayor seguridad, en su tránsito entre el Mediterráneo y el Atlántico, a las naves mercantiles que conectaban dos de las más ricas porciones de la Europa Occidental: el norte de Italia y Flandes, contribuyendo así a crear uno de los circuitos comerciales básicos de Occidente. Al mismo tiempo, la galeras sevillanas tendrían un importantísimo papel en esa lucha por el dominio de la Europa Atlántica que fue la Guerra de los Cien Años, en donde, sus grandes victorias contra los británicos, influyeron de manera destacada en el resultado de aquel conflicto.

Pues bien, a pesar de esa realidad, las Atarazanas de Sevilla seguían siendo unas casi perfectas desconocidas y, especialmente, para una reciente historiografía anglosajona, que ignora, o trata de manera claramente superficial, su existencia y relevancia (Rose 2007, Stanton 2015). Ese desconocimiento fue el cuarto y último elemento que me llevó a emprender esta tarea y en ella me vi auxiliado por varios estudios publicados en España que, siendo muy importantes, tratan las Atarazanas hispalenses de manera resumida, limitada en el tiempo o desde perspectivas fundamentalmente artísticas o arqueológicas, todo lo cual convertía en razonable realizar un análisis histórico en profundidad sobre ellas.

Porque este libro es un trabajo de Historia, que aunque, por supuesto, aprovecha las aportaciones de otras disciplinas, es un estudio sobre individuos y sobre sociedades de tiempos pasados, realizado, fundamentalmente, a través de testimonios escritos. Me interesan sobre todo las personas; las que trabajaron en el arsenal del Guadalquivir, las que construyeron o navegaron en sus galeras, y aquellas que, a partir del siglo XVI, y una vez transformado en una sucesión de viviendas y almacenes portuarios, residieron allí, naciendo, laborando y muriendo entre sus muros. Me interesa, también, que la mayor cantidad de nuestros contemporáneos accedan a este texto y su lectura no quede restringida solo a especialistas en historia medieval, moderna o contemporánea. He intentado que, sin perder el más estricto rigor científico (lo que se demuestra en más de tres mil notas, situadas al final de cada capítulo para no entorpecer la lectura), resulte accesible a lectores con inquietudes intelectuales, aunque no sean profesionales del mundo académico. Al mismo tiempo, he pretendido que las Atarazanas funcionen como una especie de espejo en que pueda verse reflejada una parte de la realidad pasada. Es como si el arsenal del Guadalquivir, testigo de tantos acontecimientos, pudiera ayudarnos a comprender un poco mejor el devenir de la ciudad de Sevilla, así

como algunos aspectos de la Castilla bajomedieval e, incluso, el desarrollo de la Carrera de Indias. Asuntos y tiempos muy distintos que son visibles debido a su larga supervivencia y a los distintos usos de las Atarazanas, en función de los cuales hemos decidido dividir la obra en dos grandes partes: una primera relativa a los casi tres siglos en que fue arsenal-astillero de las galeras reales, y otra a partir de fines del siglo XV y principios del XVI, cuando se utilizó, entre otros diversos cometidos, como gran almacén y aduana del comercio indiano. En este último empeño, mi condición de americanista también parecía emplazarme para realizar la tarea.

En la primera parte, las Atarazanas de Sevilla (compuesta por varios espacios, unos cubiertos, como las Atarazanas de las Galeras o del Río y Atarazanas de los Caballeros, y otros descubiertos, como la Resolana del Río) serán estudiadas desde el momento de su aparición como uno de los mayores arsenales del occidente europeo, que, allá por la segunda mitad del siglo XIII, rivalizaba en tamaño, incluso, con *l'Arsenale di Venezia*. Se relatará el plan que lo hizo surgir dentro de los intentos de la Castilla medieval de controlar el vital paso del Estrecho, así como el proceso de construcción de sus galeras, empezando por el acopio de materiales y de técnicos especializados, haciendo hincapié en el ingente coste que suponía mantener en servicio aquellas sofisticadas y carísimas máquinas de guerra, de las cuales contaremos su luchas e intervenciones en campañas contra reinos musulmanes, pero también contra estados cristianos, como Inglaterra, Aragón o Portugal.

Siendo las personas, como indiqué, el principal foco de atención, me detendré especialmente en escribir sobre los orgullosos y nobles alcaides, responsables directos del funcionamiento del arsenal y de la construcción de las galeras; sin olvidar, en el otro extremo, a los esclavos mantenidos allí para realizar los trabajos más duros y sucios. En un plano intermedio, me ocuparé de la masa de sus trabajadores, unos obreros privilegiados, conocidos como «los francos de las Atarazanas», los cuales, con la decadencia del astillero, fueron perdiendo poco a poco tales privilegios, no sin luchar con todas las artes posibles por mantenerlos. También, aunque de manera tangencial, debido a los estudios ya realizados sobre el particular, trataré sobre los almirantes que llevaban al combate aquellos buques; tanto de los que se inmolaban sucumbiendo con sus barcos para evitar las murmuraciones contra su honor, como de aquellos otros que obtenían resonantes triunfos en las costas

de Berbería, en la Rochela o en las costas británicas. En este asunto relativo a los tripulantes de las galeras de las Atarazanas de Sevilla, el aporte que considero más original tiene que ver, no con los mandos de las escuadras, sino con la gente ordinaria y su dura existencia a bordo de aquellas embarcaciones.

El interés por retratar la realidad social del pasado lleva a que este libro se interese por presentar a las Atarazanas como algo más que un lugar en donde se construían, armaban y conservaban barcos de guerra. Parte de sus edificaciones se utilizaron como una dura prisión, en donde en tiempos de revueltas populares y, especialmente, en época de guerras civiles, se encerraron a algunos de los más destacados enemigos de los reyes castellanos, que en muchos casos fueron sometidos a crueles torturas y muertes. Desde simples artesanos que construían frenos para las caballerías, hasta los poderosos almojarifes reales, pasando por, incluso, algún monarca, tuvieron el arsenal por cárcel y en él vivieron sus últimas horas. En agudo contraste, los amplios espacios abiertos propiedad de las Atarazanas, entre sus edificios y la orilla del Guadalquivir, fueron también lugares favoritos para organizar jolgorios y fiestas. Allí se celebraban torneos, justas y desfiles, para conmemorar matrimonios o nacimientos reales, y así, mientras damas y caballeros disfrutaban en el exterior, bajo los tejados del edificio muchos seguían penando sus condenas.

En esta primera sección de la obra, intentaré también medir el impacto que sobre la propia ciudad de Sevilla tuvo el funcionamiento de un astillero que, en algunas ocasiones, llegó a requisar para su servicio a todas las carretas existentes en ella. Influencia que a veces era de carácter económico y otras adquiriría tintes dramáticos en forma de motines de los vecinos, incluidas no pocas viudas, que no querían seguir pagando para contratar los remeros que bogaban en las galeras. Finalmente, y como es natural, explicaré las razones que provocaron la decadencia de este gran astillero, agudizadas al finalizar la Guerra de los Cien Años y que en 1493 sufrió un momento cargado de simbolismo. Ese año, la primera de sus naves dejó de servir de refugio a las orgullosas máquinas de guerra y el arsenal fue convertido por orden regia en el principal –y no por eso menos maloliente– mercado de pescado de la localidad. El hecho de que donde antes se guardaban galeras, se vendiesen luego sardinas, resulta un buen indicador de cómo estaban cambiando las cosas para el venerable edificio.

La segunda parte del libro relata cómo, a partir de finales del siglo xv y principios del xvi, el arsenal fue progresivamente utilizado para otros usos y sobre su superficie fueron apareciendo otras instituciones. Cuando la construcción de galeras en el sur de la Península dejó de ser útil a los ojos de los monarcas de la España unificada, el edificio podría, simplemente, haber desaparecido. Sin embargo, un acontecimiento histórico de gran relevancia vino a salvarlo, al menos momentáneamente, de su desmantelamiento rápido y completo. ¡El año de 1493, fue también el del regreso triunfal de Colón de su primer viaje a lo que él creía eran las Indias Orientales! Cuando poco tiempo después, Sevilla fue elegida para albergar la Casa de la Contratación (que, por cierto, tuvo su primera sede en una de las naves de las Atarazanas), se revalorizaron extraordinariamente los miles de metros cuadrados construidos a pie de puerto del antiguo arsenal, los cuales, a partir de entonces, podían emplearse como magníficos espacios para guardar las mercancías y los pertrechos de las flotas de Indias. Los alcaides del Alcázar, que habían absorbido las funciones de los antiguos responsables de las Atarazanas, podían además, al calor de la demanda de viviendas y de espacios industriales que propiciaba el tráfico colonial, alquilar a elevados precios hasta el último metro cuadrado disponible, tanto que, incluso las zonas sin techumbre, pero situadas dentro del perímetro del viejo arsenal, resultaban atractivas para los negociantes de Flandes y de otros lugares de Europa.

En esta nueva etapa, que se extiende hasta nuestros días, las Atarazanas de Sevilla fueron, más que nunca, un magnífico espejo en el que contemplar reflejada una buena parte de la realidad de la ciudad. Así, veremos a muchos de los descubridores y conquistadores que partieron de Sevilla guardar sus armas y bastimentos en diferentes lugares de las Atarazanas pero, también, a ambiciosos visionarios cobijar en ellas sus utillajes mineros para, en una particular versión de El Dorado, encontrar ríos de oro en el interior de algún volcán centroamericano, e, incluso, asistiremos al almacenaje bajo sus tejados de preciosas maderas americanas para el palacio que el rey Felipe se estaba construyendo en El Escorial. Además, será el lugar en que se instalarán comerciantes extranjeros y nacionales, apareciendo en su interior talleres de los más variados, desde los que producían clavos a los que ofrecían bombas de achique para los barcos, pasando por depósitos de aceite o de vino; y de estos empresarios, algunos poderosos y otros más humildes, muchos acabarán

construyendo allí sus viviendas. Las Atarazanas acabarían convertidas en un verdadero patio de vecinos, donde la gente trabajaba y vivía, con la ventaja de residir prácticamente en el centro de la ciudad, a doscientos metros de la Catedral, y, al mismo tiempo, poder vigilar de cerca sus bienes.

No obstante, la propia situación estratégica del arsenal a los mismos pies del puerto de Indias, producirá ya en las últimas décadas del siglo XVI un proceso de metamorfosis, o, mejor, de canibalismo arquitectónico, por el cual, otros organismos se fueron apropiando de sus espacios, derribándolos y construyendo encima nuevas instituciones. Así, en las dos últimas décadas de aquella centuria, sobre las Atarazanas de los Caballeros aparecerá la Casa de la Moneda y, tras el derribo de tres de las naves de las Atarazanas del Río, que ya por entonces también se llamaban *de los Almacenes*, se construirá una gran Aduana para servir al intenso tráfico comercial de la ciudad. En la centuria siguiente, la pequeña capilla del arsenal se transformará en una espléndida y gran iglesia barroca, y en

otras cinco naves surgirá una de las mayores instalaciones piadosas de la ciudad: el Hospital de la Santa Caridad, el cual, aunque aprovechará algunos de los arcos mudéjares de la primitiva construcción, cambiará totalmente su fisonomía. En el siglo XVIII, las siete primeras naves, a contar desde el Postigo del Aceite, conformarán la Maestranza de Artillería, con la fortuna de que los artilleros, aunque transformaron el edificio, no destruyeron completamente su estructura del siglo XIII, y gracias a ello, hoy podemos disfrutar (aunque más bien podríamos decir, imaginar) algo de lo que fue su antigua grandeza. Una suerte que no corrieron las naves más cercanas al Postigo del Carbón, en el extremo meridional del edificio, que fueron víctimas de un furor destructivo y, a partir de 1944, se derribaron completamente para levantar parte de la actual Delegación de Hacienda.

Las transformaciones sufridas por el antiguo arsenal del Guadalquivir, y de las que hemos dado cuenta en el párrafo anterior, explican que la segunda parte de la obra, a pesar de abarcar desde el siglo XVI al XXI,



sea menos extensa que referida a los siglos XIII al XV. La razón, dejando a un lado la mayor o mejor significación del edificio en cada etapa, se debe a que a partir de las últimas décadas del siglo XVI, las Atarazanas van dejando de tener una entidad propia para ir convirtiéndose poco a poco en otros organismos (Casa de la Moneda, Aduana, Hospital de la Santa Caridad y Maestranza de Artillería), cuyo estudio se saldría del marco, ya de por sí suficientemente extenso, de este libro. Por poner un par de ejemplos, la Casa de la Moneda y el Hospital de la Caridad, con su principal impulsor, don Miguel Mañara, han recibido una importantísima atención por parte de la historiografía, y a las correspondientes obras me remito. Aquí me contentaré con explicar cómo se produjo el proceso de transformación, dejando el desarrollo de las nuevas instituciones a dichos estudios monográficos.

Culminar la investigación sobre las Atarazanas de Sevilla ha sido un empeño lleno de importantes dificultades. Las primeras tienen que ver con la propia extensión temporal del estudio. Es cierto que analiza tan

solo un conjunto de edificios, pero su existencia se prolonga casi ochocientos años y, por otra parte, en el arsenal llegaron a trabajar más de medio millar de personas, mientras las tripulaciones de sus flotas de galeras congregaban a varios miles de hombres, que combatieron desde Barcelona a la desembocadura del Támesis. Así pues, en cualquier caso, es fácilmente asumible que la amplitud de la variable temporal pueda compensar, sobradamente, la dimensión espacial del trabajo.

Ochocientos años significa tener que encarar diversas expresiones paleográficas; textos del siglo XIV, junto a otros del XVII, que, aunque más modernos, no son menos difíciles de leer. De forma parecida ha sido preciso también enfrentarse a algunos documentos y a crónicas, que, aunque estuvieran vertidas en letra de imprenta, aparecían redactadas originalmente en latín, catalán, gallego, portugués, italiano, francés e inglés, además, por supuesto, de en castellano. He de reconocer, sin embargo, que las crónicas musulmanas, a pesar de mis dos años de estudio del árabe en la Universidad, las he leído en traducciones francesas.

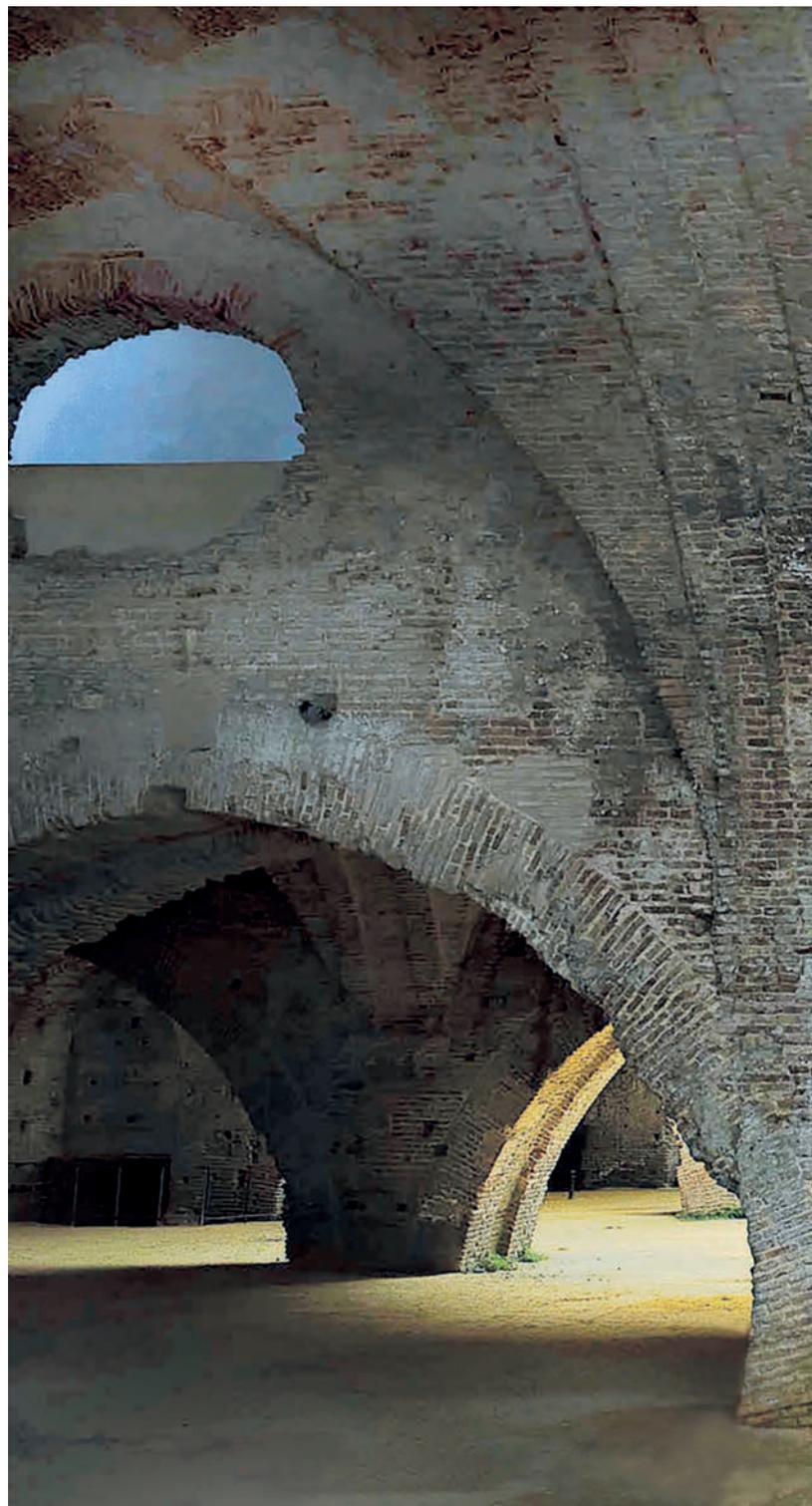


Interior de las Atarazanas de Sevilla en 2018.
Fotografía de Domenico DeBenedictis.

Sin embargo, el escollo más difícil de salvar ha resultado ser la pérdida de algunas fuentes fundamentales. Me refiero a los llamados *Libros del rey*, que conservaban el registro administrativo del funcionamiento cotidiano del arsenal medieval. No hay duda de que allí se anotaban los materiales de construcción comprados y, seguramente, también se haría lo mismo con el número de galeras fabricadas y los desembolsos de todo tipo realizados para reparar y carenar aquellos buques, así como la totalidad de las listas de trabajadores y de jornales. La existencia de estos importantísimos testimonios está comprobada por diversas evidencias, como los testamentos de algunos alcaides y otros documentos específicos sobre la construcción de algunas de las galeras de las Atarazanas. ¿Dónde se encuentran tales libros? Lo desconozco. La tardía formación de un archivo histórico de la Corona de Castilla, posiblemente, haya favorecido su pérdida y, tal vez, la propia situación de las Atarazanas, a los pies de un río con tozuda tendencia a desbordarse, ha podido contribuir a que estas vitales fuentes, simplemente, se las llevase el Guadalquivir en alguna riada.

La inexistencia de registros directos y seriados sobre la actividad del astillero ha debido ser compensada con otro tipo de documentos, no tan abundantes y frecuentes como pudiera desearse, pero de gran importancia. Con respecto a los datos de carácter económico, en la Biblioteca Nacional de Madrid y en el Archivo Histórico Nacional se guardan importantes manuscritos sobre el coste de la defensa y conquista de Tarifa a fines del siglo XIII; se trata de fuentes editadas y estudiadas desde hace tiempo, pero que he empleado específicamente para obtener información sobre los gastos de construcción y mantenimiento de las galeras. Otra pieza de parecido valor son las cuentas sobre las alcabalas de Sevilla a principios del siglo XV, también editadas hace años, pero que constituyen un verdadero tesoro de referencias sobre precios de materiales y salarios de trabajadores del arsenal, entre otros muchos aspectos. También diversas secciones del Archivo Municipal de Sevilla, en especial la de *Mayor-domazgo*, proporciona a partir del último cuarto del siglo XIV un considerable volumen de utilísimos testimonios de este mismo tipo, pues, al fin y al cabo, el mayordomo era el encargado de llevar las cuentas, y el Concejo hispalense realizó, en bastantes ocasiones, el papel de financiero e intermediario para facilitar el armamento de las galeras del rey. Del mismo modo, archivos locales sevillanos, muchos de ellos de

carácter religioso, como el de la Catedral o de algunos conventos importantes, ofrecen información sobre las personas vinculadas a las Atarazanas. Para ese cometido no quiero dejar de destacar la utilidad de la Institución Colombina de Sevilla, donde se encuentran los testimonios de algunas de las personas más célebres



encarceladas en las mazmorras del arsenal, así como referirme, de nuevo, al Archivo Municipal sevillano, donde se custodian varias listas del personal del astillero. Finalmente, han resultado de enorme utilidad las crónicas de los diferentes reinados, verdadera argamasa capaz de cohesionar el relato de este libro, a lo

cual debe añadirse, por supuesto, la extensa bibliografía, que no es testimonial, sino un apoyo insustituible, y de la que hacemos mención en la relación situada en las páginas finales de la obra.

A pesar de la existencia de la documentación alternativa que acabo de destacar, la desaparición de las

Imagen lateral de las Atarazanas tomada desde la nave número uno en 2018. Fotografía de Joaquín Muñoz.



cuentas seriadas del astillero ha convertido habitualmente la investigación en un verdadero rompecabezas. En muchas ocasiones, la sensación era semejante a la que deben tener los arqueólogos cuando desentieran una hermosa cerámica hecha añicos. Su reconstrucción necesita notables dosis de paciencia y, a la postre, la pieza tendrá trozos inevitablemente perdidos, los cuales deben rellenarse con un tipo de pasta diferente para dar testimonio de su origen moderno. No obstante, ¿iba a dejar de realizar este trabajo por las lagunas existentes en la información? No parecía justo que las Atarazanas de Sevilla se quedaran sin un estudio en profundidad. En ese sentido, recuerdo las palabras del maestro Marc Bloch en su libro sobre el oficio de historiador, donde venía a decir que cuando en una investigación no se podía cuantificar, se imponía relatar e, incluso, era lícito sugerir, siempre que el lector estuviera claramente informado sobre el principio y el final de tales conjeturas y de cuáles eran las bases científicas desde las que se había proyectado nuestra imaginación. Ciertamente, a la presente «vasija» recompuesta le faltan algunos fragmentos, pero modestamente pienso que, tras su reconstrucción, se puede admirar mejor su importancia y su belleza.

En la segunda parte de este libro, donde se estudiarán las Atarazanas en la época en la que fueron usadas como almacén y plataforma de otras diversas instituciones, nos movemos en fechas más cercanas a nuestros días, dentro de lo que los historiadores llamamos, no sin cierta imprecisión, las edades Moderna y Contemporánea. Estos tiempos se caracterizan, a nivel heurístico, por un desarrollo exponencial de la documentación con respecto a periodos anteriores. La existencia del Archivo General de Simancas, como primer repositorio documental y oficial de la Corona de Castilla, o, más tarde, del Archivo General de Indias, proporcionan una información abundante, seriada y de enorme utilidad. Junto a estos dos grandes archivos, tenemos el del Alcázar de Sevilla, que ha preservado la documentación moderna de las Atarazanas, una vez que las alcaldías del palacio y del antiguo arsenal se unificaron en la misma persona. Las fuentes de primera mano abundan en esta etapa; desgraciadamente, en esos tiempos las Atarazanas se van a ir diluyendo y convirtiéndose paulatinamente en algo diferente, hasta casi desaparecer.

Finalmente, solo cabe decir a este respecto que todo este conjunto de dificultades han hecho que un libro sobre ocho siglos de historia de un arsenal, se prolongue, a su vez, durante ocho años de investigación y redacción; a año por centuria estudiada.

Y ya que parece el momento de ir terminando esta introducción, no me resisto a exponer una conclusión, entre varias de las que se pueden extraer del conjunto de la obra. Sin duda, el momento de verdadero esplendor de las Atarazanas fue su utilización como gran arsenal y astillero de las galeras del rey de Castilla, una formidable fuerza de combate, empleada con profusión en varios escenarios bélicos. Pero sobre la presencia en la ciudad de esta instalación militar e industrial y su desmantelamiento a fines del siglo XV y principios del XVI, se puede decir, parafraseando a un rico minero mexicano del siglo XVIII, aquello de: «el rey me lo dio, el rey me lo quitó». Mientras los monarcas castellanos decidieron que era preciso contar con un astillero localizado en Sevilla, la ciudad mantuvo esa importante pieza de su economía, que se convirtió en un elemento más de su prestigio. En el momento en que el interés de la Corona por mantenerlo decayó, o cesó por completo, las Atarazanas se dedicaron paulatinamente a otras funciones y terminaron por desaparecer. Es como si una buena parte de las energías y decisiones que en la ciudad atañen a su importancia y riqueza siguieran una dirección que va normalmente desde arriba hacia abajo. No parecen surgir de su base social, desde la plataforma hasta la cúspide, sino al revés, mediante una decisión del Estado, que, por supuesto, aprovecha la situación estratégica de la ciudad, pero que puede alterarse o eliminarse sin la participación de sus propios ciudadanos. Ojalá que, bien entrada ya la segunda década del siglo XXI, sepamos, desde esa base social, al menos salvar y utilizar con provecho lo que queda de un verdadero superviviente, de un testigo de nuestra historia, como son los restos del viaje arsenal del Guadalquivir.

Termino con una larga lista de agradecimientos, que comienza con los debidos a mi mujer y al resto de mi familia, que me ha dado fuerza para resistir esos ocho años de trabajo, a una edad ya, mediados los 60, en las que las horas de archivo y de ordenador parece que tienen más de 60 minutos y, desde luego, resultan más pesadas y difíciles de asimilar. Pero, también, quiero mostrar mi gratitud a mis colegas de varias disciplinas y especialmente a los medievalistas y expertos en técnicas historiográficas de la Universidad de Sevilla, de otras universidades y de la Real Academia de la Historia, que se han prestado amablemente a suplir (espero que en su mayor parte) mis carencias en este campo. También a quienes me han proporcionado datos, imágenes o corregido los textos, y a las autoridades y demás componentes de la Editorial

de la Universidad de Sevilla y del Ayuntamiento de la ciudad por haber publicado esta extensa (tal vez demasiado larga) pero, al menos para mí, y espero para algunos más, apasionante obra.

Como no quiero que mi gratitud sea solo genérica, me complace dejar aquí escritos (en orden alfabético) los nombres de algunas de esas personas a las que debo reconocimiento, y espero que me perdonen aquellas otras de las que pude olvidarme; se deberá, seguro, al tiempo que hace del comienzo de esta investigación y a que la memoria va flaqueando con los años. Así pues, mi más sentido agradecimiento a:

Fernando Amores, Eduardo Aznar, José Beltrán Fortes, Idalia Borges, Mercedes Borrero, Eduardo Bueno, Antonio Caballos, Carmen del Camino, Gerardo Carlo, Nuria Casquete, Carmen Cebrián, Gloria Centeno, Almudena Cid, Antonio Collantes de Terán, Rafael Cómez, Josefina Cruz, Domenico

Debenedictis, Antonio Domínguez, Federico Durán, María Durán, Concepción Fernández, Marcos Fernández, Dorila Fernández-Viagas, Fernando Fernández Silva, Rocío Ferrín, Jesús García, Ricardo García, Manuel García Fernández, Amparo García Gras, Francisco Gómez Recolta, Manuel González Jiménez, Miguel Ángel Ladero, Ana María Lage, Salvador Lage, Javier Laraño, Araceli López Serena, Mercedes Luna, Jesús Hernández, Carlos Martín, Inés Martín Lacave, Carlos Martínez Shaw, Inmaculada Molina, Isabel Montes, Alfredo Morales, Anabel Morillo, Joaquín Muñoz, Pilar Ostos, Marcos Pacheco, María Luisa Pardo, Margarita Pedriza, Celia Pérez-Mallaína, Rocío Pérez-Mallaína, Manuel Ravina, Rocío de los Reyes, Antonio Romero, María del Mar Sánchez, Mateo Sánchez, Ramón Serrera, Marie Josephe Spielmann, Maite Vicente, Enriqueta Vila e Ismael Yebra... entre tantos otros.

